

gro seguirá siendo el negro que sólo puede ver cumplidos ciertos anhelos. En sus sueños deja en muchas ocasiones, o quiensabe si siempre, lo más noble y grande de sus aspiraciones, de ciudadano del mundo. En este libro que es un alarido trágico de rebeldía contra un destino injusto, queda palpablemente demostrado.—L. D.

<https://doi.org/10.29393/At257-258-318FNMS10318>

POR LA FELICIDAD DE NUESTROS HIJOS, de *Irene Silva de Santolalla*.
Lima, 1945.

Esta bella obra de la señora Santolalla, inspirada por elevados ideales morales, posee un gran valor educativo por las sanas enseñanzas que para la vida social y familiar contiene.

La señora de Santolalla es autora de otros libros de índole análoga como son los titulados «Hacia un mundo mejor» y «Educación pre-matrimonial».

El de que nos ocupamos ha alcanzado su segunda edición que viene precedida de un hermoso Prólogo del eminente educador nacional señor Maximiliano Salas Marchán, que dice como sigue:

«Cuando apenas había aparecido esta obra «Por la felicidad de nuestros hijos», tuve el privilegio de apreciar y conocer en su magnitud la trascendencia de su valor social. Y fué para mí un deber tan grato como honroso manifestar a la señora Irene Silva de Santolalla, su autora, mi admiración por su descollante esfuerzo de iluminar en los hogares, con más resplandeciente llamarada, la responsabilidad de educar a los hijos.

«En realidad, es este un problema que repercute en todo el mundo. Pero adquiere mayor gravedad en nuestra América Latina. No hemos logrado consolidar, en el relativamente corto período de nuestra existencia racial, una tradición de hábitos de correcta formación hogareña.

«Así lo ha estimado, sin duda, la señora Silva de Santolalla,

y ha dedicado en favor del hogar el tesoro de su cultura y de su generosa devoción a la más cálida vibración del alma: el amor a los hijos. Doble mérito realza su obra: una rica difusión de ideas para explorar la naturaleza física y psicológica de los hijos y un cálido llamado al cumplimiento de altos deberes paternos.

«El anhelo creciente del público por nutrirse de sus conocimientos, exployados en elegante y nítida forma literaria, agotó rápidamente la primera edición y ha reclamado la segunda, que ahora se le entrega con nuevos capítulos de atrayente material. Es la más decisiva expresión del éxito con que se ha premiado el empeño apostólico de la señora Silva de Santolalla por embellecer el porvenir de las generaciones en marcha. Éxito que en justicia todos debemos celebrar.

«El título mismo de la obra, escogido con excepcional exactitud y agudeza, «Por la Felicidad de nuestros hijos», destaca la importancia de su contenido. A un famoso moralista suizo, Enrique Federico Amiel, pertenecen estas palabras que es oportuno mencionar: ¿Qué médico logrará infundir tanto brío como una chispa de felicidad o un rayo de esperanza? Volver feliz a alguien es, en rigor de verdad, acrecentar la potencia de su ser, doblar la intensidad de su vida, hacerle una revelación de sí mismo, agrandarlo y aún transformarlo».

En igual elevado juicio, ha impregnado la señora Silva de Santolalla el hermoso término de felicidad. De ningún modo se trata de la satisfacción de los intintos inferiores de placeres mundanos, de goces frívolos, que halagan un momento y luego estrechan la existencia en menguado circuito y la abrevian implacablemente. Felicidad, por el contrario, significa la orientación hacia el normal desarrollo físico y el ejercicio de las facultades superiores en armonioso equilibrio del pensar, sentir y querer. El cultivo de la felicidad debe empezar en la niñez. Y como se reitera con insistencia en este libro, ¿qué dedicación más prometedora puede concentrar el cariño de los padres que sembrar en el alma de sus hijos, desde la niñez las semillas de la

alegría, del esfuerzo, de la simpatía, de la admiración, de la esperanza?

La más sólida expectativa de que la nación tenga mañana los hombres que necesita, vigorosos, de recta conciencia, de ejecutiva capacidad, de estimulante espíritu de servicio, se apoya en el hogar con su amoroso y planeado designio de hacer felices a los hijos.

No hay en ello exageración alguna. Basta volver la mirada hacia los desgraciados que pueblan asilos y cárceles, y a tantos cuya conducta refluye en perjuicio de la colectividad, para convenir en que sus hogares carecieron de la virtud plasmadora de la felicidad. Y, si estas son las sombras que se desprenden de hogares ajenos a su deber de infiltrar a los hijos salud física y salud espiritual, fuentes que irradian la felicidad, es de urgencia que resuene en ellos la voz alentadora que les despierte la conciencia de la suprema misión que les corresponde: velar por el presente de los hijos y encaminarlos hacia un próspero futuro.

Este libro de honda meditación y comprensión de la vida, les lleva esa voz de cordial afecto para consagrar a los hijos el más cuidadoso interés. Mientras más pronto los animen a ensayarse en vencer las dificultades, realizar proyectos, ceñirse al deber, gozar con la belleza, ganar amigos, prestar servicios, más se afirmarán las líneas de una noble y feliz personalidad. Quien es feliz atesora el más provechoso elixir de vida, y tiende a la expansión, derramando en torno suyo las ventajas de dones bienhechores.

Para cumplir sus obligaciones ante los hijos, no basta a los padres el simple instinto que, por regla general, sólo actúa defectuosa y arbitrariamente. Fáltales el auxilio de una enseñanza especializada. Es lo que vienen a ofrendarles estas páginas en que se exponen, con diáfana claridad, las más fundamentales nociones para que se conviertan en lo que deben ser: educadores de sus hijos.

Se ha exagerado la importancia exclusiva de la escuela en

la formación espiritual de la niñez y la juventud. Hoy se recalca la influencia primordial del hogar. Es aquí donde deben prevenirse desentonos del carácter o iniciarse la curación de los defectos que desatendidos, traerán desdichas y fracasos; y fomentarse las cualidades que modelan una personalidad completa y entretejen la unidad espiritual.

La preparación educadora de los padres debería empezar ya en la época del noviazgo. Así se penetraría en el matrimonio con la despejada visión de la responsabilidad paternal y maternal. Sea, pues, para los novios este libro su lectura favorita y sabrán manejarse con acierto en las complicaciones que el destino les reserva.

«Por la felicidad de nuestros hijos» es la obra más oportuna para América en estos momentos. Y por dos razones: 1.º se extiende ahora por el continente americano una más dilatada esfera de intervención en la política mundial. Para afrontar esta nueva situación, debemos mejorar nuestros valores humanos, que nos conquisten el respeto internacional, como supieron alcanzarlo pequeñas naciones europeas, Suiza entre ellas; 2.º en la reciente Conferencia de San Francisco, California, unánime fué el acuerdo de evitar futuras guerras y afianzar una paz indefinida. No puede dudarse del valor de las conclusiones pacifistas en ella adoptadas; pero mayor alcance debe atribuirse a una educación propiciadora, como se sustenta en estas páginas, de que se eliminen desde la niñez, la agresividad, vehemencia, discordia, prepotencia, antecedentes fatales de la guerra; y, en cambio, se ensalcen la comprensión, armonía, conciliación, que encienden la luz purísima de la paz.

Por sus relevantes méritos, puede augurarse con evidencia que renovado éxito acogerá la segunda edición de «Por la Felicidad de Nuestros Hijos», brillante contribución de la señora Irene Silva de Santolalla al enaltecimiento de su patria, el Perú, y de las demás patrias americanas.—M. S. M.

Chile, Viña del Mar, 1945.